

ENSAYO

Disidencia judía

El periodista francés Jean Daniel, uno de los grandes intelectuales de la izquierda europea, denuncia la identidad comunitaria y opta por la ciudadanía en *La prisión judía*.

LA PRISIÓN JUDÍA

Jean Daniel
Prólogo de Juan Goytisolo
Traducción de Nuria Viver
Tusquets. Barcelona, 2007
189 páginas. 14 euros

JAVIER VALENZUELA

La última guerra librada por Israel —la invasión de Líbano del pasado verano— aportó conclusiones esclarecedoras. Para empezar, reveló las limitaciones del poder militar israelí, del mismo modo que la de Irak sigue evidenciando las del poder militar estadounidense. Dado que es difícil entender cómo esos dos países pudieron embarcarse en aventuras tan obviamente condenadas al fracaso, la explicación sólo puede provenir de la ceguera ideológica, de sus dirigentes, del abandono de la razón y el sentido común. Otra de las conclusiones de aquel conflicto fue que Israel está decidido a calificar sistemáticamente de “antisemita” a cualquier gentil que discrepe de su política belicista y a afirmar, si el crítico es judío, que éste “se odia a sí mismo”.

Así que la honesta, intensa y documentada reflexión sobre la condición judía que constituye el último ensayo de Jean Daniel publicado en España no puede ser más oportuna. Procede de uno de los más grandes periodistas e intelectuales europeos de nuestro tiempo, un digno heredero de la estirpe de los André Gide y Albert Camus. Nacido en el seno de una familia judía sefardí en la Argelia colonial francesa, educado en la escuela laica y en los principios y valores de la República, resistente antifascista, funda-

dor del semanario progresista *Le Nouvel Observateur*, Jean Daniel ha estado siempre en el lado correcto en todos los debates de los últimos sesenta años, convirtiéndose en una referencia de envergadura para los demócratas de izquierda.

Como señala Juan Goytisolo —otro gran faro intelectual y moral— en su prólogo a *La prisión judía*, Jean Daniel se ha situado siempre fuera del corsé de las identidades comunitarias fijas, a prueba de milenios, y ha acampado en el terreno mucho más incierto de la ciudadanía. Nacionalismos e integristas no son, precisamente, lo suyo. Pero el periodista y ensayista francés ha tenido que afrontar, una y otra vez, no sólo la cuestión judía en general, sino la de su propio judaísmo.

Hay unos quince millones de judíos en el mundo —de ellos cinco millones en Israel— y muchos, si no la mayoría, han optado, según sostiene Jean Daniel, por encerrarse en lo que llama “la prisión judía”. Así la describe: “Se puede salir de la religión, pero nunca se sale del pueblo judío y de su destino único, incluso si uno se declara no creyente. Se está condenado a la pertenencia”.

Esa “prisión judía” se encuentra “en las mentes”; sus muros invisibles son “la esencia, la eternidad, el absoluto”, y su carcelero, el mismísimo Dios, según Jean Daniel. De modo que, al final, resulta que “el judeocentrismo es un encarcelamiento común al pensamiento judío y al pensamiento antisemita”.

Jean Daniel, fugado desde su juventud de esa prisión, opta por situarse en una línea de disidencia judía en la que incluye a Flavio



Una mujer es evacuada a la fuerza del asentamiento judío de Hornesh, en Cisjordania.

Josefo, Spinoza, Heinrich Heine, Simone Weil, Henri Bergson, Hannah Arendt, Edith Stein y Edmund Husserl. “Como Spinoza”, escribe, “no consigo creer realmente, completamente, que el pueblo judío, a pesar del milagro de su perennidad, sea el único testigo de la humanidad, así como el único instrumento de la divinidad. Y rechazo sobre todo que se comporte como si, con el pretexto de que se le persigue haga lo que haga, pueda abandonarse a hacer lo que le parezca, tanto bueno como malo. Como si en nombre de su elección o de su maldición, pudiera arrogarse una moral diferente a la de los demás”.

Lo que lleva a Daniel a hablar con frecuencia de Israel en este libro y a lamentar su conversión en un Estado militarista que intenta justificarse con argumentos teológicos. Grandes escritores y pensadores israelíes como David Grossman y Amos Oz comparten sus reflexiones, pero ya se sabe que, a tenor de la propaganda oficial, son “judíos que se odian a sí mismos”. “Nacido para acabar con el an-

tisemitismo cristiano”, el que tuvo su expresión más brutal en el Holocausto, el Estado de Israel se desarrolla hoy “alimentando un nuevo antisemitismo árabe”, señala Jean Daniel.

Atención al verbo: alimentando. Y es que, en contra de lo que dicen muchos judíos, y no pocos gentiles, el fundador de *Le Nouvel Observateur* no cree que nos encontremos ante el resurgimiento del mismo fenómeno antisemita en una tierra diferente. Los que sostienen lo contrario —“infiel”, a mi modo de ver, al mensaje de Auschwitz— no distinguen entre “las barbaries de las que fueron víctimas simplemente por haber nacido y existir”, y las vicisitudes que ahora afrontan “a causa de lo que hacen, libre y soberanamente”.

“Los israelíes son dueños de su destino nacional”, recuerda el periodista y ensayista. “Están en el hacer y ya no sólo en el ser. Y he aquí que algunos de ellos, ofuscados para siempre por la fatalidad del mal, se muestran incapaces de distinguir entre los desastres que

sufrieron en Auschwitz y las guerras que libran en Israel, en igualdad de condiciones con sus enemigos. Este sentimiento de fatalidad eterno y omnipresente empezó a confirmarme en la idea de que en el misterio judío había algo que se parecía a una prisión”.

Lúcido, valiente y erudito como siempre, Jean Daniel aporta con *La prisión judía* un importante instrumento intelectual para las polémicas del momento. Y también una propuesta de conducta. Así la expresa: “He llegado a la conclusión de que los judíos sólo deberían retener de su Elección la exhortación a ser los mejores, y de la Alianza, la obligación de hacer de Israel un faro de las naciones. Si esto se considera imposible, entonces todo el mundo es judío y nadie lo es. En este caso, la prisión es cruel, gloriosa, absurda, eterna. ¿Como la condición humana? Como ella, en efecto. Pero el oficio del ser humano no consiste en elegir la servidumbre voluntaria”.

No; Jean Daniel, por ejemplo, escogió la libertad.

De Manzanares a Mauthausen

La peripecia de un joven que lucha en la Guerra Civil del lado republicano y acaba prisionero en el campo de Mauthausen, recogida por un sobrino-nieto, ejemplifica la odisea de tantos demócratas españoles que lucharon contra el fascismo durante toda una década.

MAUTHAUSEN Memorias de un republicano español en el Holocausto

Ignacio Mata Maeso
Ediciones B. Barcelona, 2007
122 páginas. 16,50 euros

MIGUEL ÁNGEL VILLENA

Cuando un idealista Alfonso Maeso, de 17 años, cerró la puerta de su casa de Manzanares, para enrolarse en el Ejército republicano, ignoraba que el camino emprendido iba a llevarlo por caminos tortuosos que terminaban en el campo de concentración nazi de Mauthausen. El recorrido vital de este manchego de Manzanares fue compartido por miles de españoles que pasa-

ron de combatir al fascismo en España para seguir su lucha contra los nazis en Francia y otros países y acabar, en muchos desdichados casos, en un centro de exterminio alemán.

Afortunadamente en el caso de Alfonso Maeso la suerte actuó como una aliada constante y pudo sobrevivir a todas las penalidades. No sólo pudo sobrevivir, en el exilio francés, sino que tuvo tiempo de contarle a su sobrino-nieto, el periodista Ignacio Mata Maeso, su testimonio, sus desnudas y muy reveladoras memorias. Fallecido en enero pasado, el día en que el libro entraba en la imprenta, Maeso alcanzó a ver que nietos de la guerra, demócratas y agradecidos, saldaban una deuda con su generación. Al final de este libro de memorias,

narrado con una sencillez estremecedora, Maeso escribe: “España tiene una deuda con nosotros que aún no ha saldado. Espero que lo haga pronto. Que este libro, mi historia, sirva para encontrar la memoria perdida, quién sabe si arrebatada. Que así sea”.

La parte principal de las memorias está centrada en la vida en el campo de concentración de Mauthausen, en Austria, en la que Maeso describe esa “vida dura y rutinaria” dentro de una maquinaria implacable para ejecutar el Holocausto no sólo de los judíos, sino de otros prisioneros cuyo único delito había sido oponerse al terror del régimen de Hitler. “Muchas noches”, escribe, “mi último pensamiento antes de cerrar los ojos era una pre-



Maeso, con su mujer, en los sesenta.

gunta, ‘hemos sobrevivido un día más, ¿lo conseguiré mañana?’”. Su gran capacidad de resistencia, su empeño por pasar desapercibido y la fortuna en forma de algunas providenciales ayudas de otros prisioneros lograron que Alfonso Maeso pudiera salir vivo de aquel infierno, de aquella siniestra pesadilla en la que muchos sucumbieron.

Afincado en Francia tras la victoria de los aliados, Maeso sólo tiene palabras de elogio, a diferencia de otros refugiados españoles, para la actitud de una mayoría de franceses. “Aquellos republicanos españoles a los que nadie quiso en mucho tiempo estuvimos junto a ellos en los peores momentos y nos lo agradecieron ofreciéndonos los mismos derechos que ellos tenían a todos los niveles”, comenta al evocar su regreso a una vida normalizada.

De cualquier modo, estas memorias vienen a sumarse a una tendencia en la que los españoles nacidos en los cincuenta, los sesenta o los setenta se interrogan ahora por las trayectorias de sus antepasados durante el periodo republicano y la guerra. Se trata, en definitiva, de un fenómeno que abarca tanto la narrativa como el ensayo, las biografías o las memorias y que, desde la distancia y desde la libertad, recupera unas historias que la generación de los hijos de la guerra, crecida en años de plomo, tuvieron que mantener en silencio.